



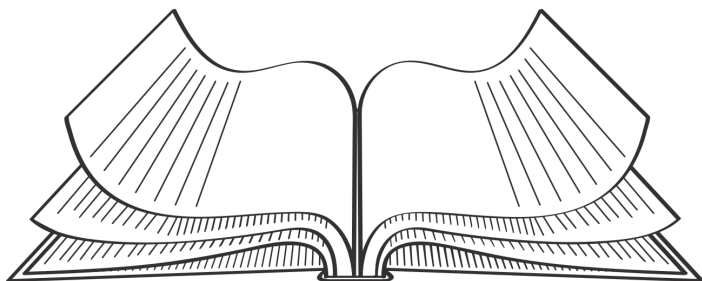
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

FEBRERO-ABRIL
2017



No. 6



PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

La luna	8
Sin tiempo	9
Soneto del caminante	10
El rugido del león	11
Limpia	12
La fiesta	13

FIRMAS

Cabeza hueca RICARDO BERNAL	14
Los estadios del carácter humano en la dialéctica platónica ANDREA FISCHER	15
Me espera YAMIL NARCHI SADEK.....	22
Adiós, chismocita CECILIA DURÁN MENA	24

400 años atrás ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ	28
El éxito MARÍA ELENA SARMIENTO	32
La Callerosa de Chimalhuacán CECILIA DURÁN MENA	34
IMAGINARIO	38
VOCES	47
Autoinculpación	48
El precio de tu piel	51
La enorme importancia de tener un buen padre	54
La felicidad de la utopía	58
Cal	59
Yayeta	62

HABLANDO POR ESCRITO

“Y así, pese a quien pesare,
Escribo, que es cosa recia,
No importando que haya quien le pese,
Lo que no pesa”.

*Carta de Sor Juana Inés de la Cruz
a su confesor y Autodefensa, Antonio Núñez de Miranda*

El acto de escribir se inicia con el esbozo mismo de los caracteres sobre el espacio en blanco que buscan afanosamente la mirada que recorra los renglones. Aunque algún autor confiese que, al escribir, no piensa en el lector, es lo de menos, los vocablos escritos tienen al menos, una persona que los lee, que es el escritor mismo. Ciertamente, plasmar letras y dejarlas por escrito tiene el poder que otorga el lenguaje y la capacidad de ver como varias mentes se iluminan por el efecto de la idea. Esa consecuencia potenciadora que emerge de las letras y alcanza la imaginación hace que lo escrito sea cosa seria.

Escribir, como dice Sor Juana, es cosa recia, porque una oración bien estructurada, una palabra adecuadamente elegida, una anécdota bien narrada tiene la posibilidad de trascender el tiempo y eliminar el espacio. Ordenar los vocablos en forma armoniosa, siguiendo ciertos cánones, obedeciendo ciertas reglas y haciendo caso omiso de otras, logra un efecto muy similar al ósmosis. Es decir, existe una influencia recíproca entre dos elementos que están en contacto: el lector y su lectura que se conectan por una membrana semipermeable que se llama escritor.

El escritor es el anfitrión que convida al lector a formar parte de una reunión en la que las reglas de etiqueta se entienden de antemano. El invitado tiene que sentirse cómodo y confiado pues se

pondrá a disposición para aceptar que le sirvan, incluso aquello que no está esperando. Más aún, si es experimentado, estará deseando ser sorprendido y se adentrará en la delicia de lo novedoso. En reciprocidad a la generosidad lectora, el escritor no se guardará nada, el texto queda expuesto para ser recorrido de principio a fin sin reservas, sin secretos, sin subterfugios.

Escribir significa comprimir en palabras y oraciones, en frases y párrafos, estilos de vida, sensaciones, sentimientos, ideas, lugares físicos, objetos, aromas, molestias, dolores. Cada texto representa una ventana abierta a una existencia alternativa. Los mundos se despliegan al mismo tiempo, como si se tratara de *Matrushkas*, en las que una muñequita contiene otra pequeña que contiene otra más chiquita. Así, mientras leemos sobre la forma en la que Phillippe Marlow resuelve un misterio, apreciamos la forma en la que Raymond Chandler conformó un universo verosímil, avanzamos en la trama de un crimen, escudriñamos las pistas y mientras el detective se toma un trago de whisky, nosotros estamos apurando el resto de café que queda en la taza. Mundos múltiples que convergen en un mismo punto, pero en diferentes dimensiones. En un principio, pareciera que nos apegamos a las letras que forman palabras y se convierten en construcciones gramaticales, pero también vamos disfrutando del ritmo y del compás conforme van sucediendo los eventos en la narración y gozamos o padecemos la elección de sustantivos, verbos, nexos. Casi como si fuera un acto de prestidigitación, entre la sintaxis y los tonos, encontramos la emoción regente que el autor imprimió a su escrito. Escuchamos su voz.

Por escrito, los hechos ganan otra dimensión. Porque lo escrito —responda a la verdad o a la mera complacencia— se acabará leyendo en un futuro como si fuera la pura verdad, dice el Cardenal de Mazarino en *El breviario de los políticos*, consejero del Rey de Francia y digno sucesor del Cardenal Richelieu. Es verdad, el que escribe no pretende engañar, si acaso hechizar, pero el lector si está dispuesto a caer en el juego de quien ordena palabras.

En este número, planteamos ritmos y versos que cuentan, textos que comparten sentimientos que nacieron en una noche de

insomnio, que llegaron en forma de recuerdo, dudas e incertidumbres. En el número seis, queremos seguir poniendo el dedo en la llaga, lanzamos itinerarios de búsquedas y lanzamos anzuelos que buscan atrapar lectores. Nos queremos dejar encontrar. Con este afán nos preparamos.

Así, honrado las palabras de Mazarino, sea por responder a la verdad o por mera complacencia, por el gusto de escribir y de leer, lanzamos líneas que buscan ser registradas en la memoria. La memoria es ese espacio sagrado en donde se albergan esos puntos de encuentro en los que lectores y escritores concurrimos, es ese lugar afectivo y mágico al que aspiramos. Habrá tantas memorias como relecturas que se hagan, como visitas reciban nuestras palabras y así, con los pensamientos materializados, los recuerdos echan raíces y forman una naturaleza multiplicada y al mismo tiempo individual que nos ata y nos junta.

Nos recuperamos, lector y escritor al considerar ese espacio sagrado que materializa nuestra reunión. Nos congregamos, en este proceso creativo, en el que confeccionamos nuevas líneas, enfrentamos las tribulaciones que esto conlleva y sí, pensamos en el lector. Nuestra intención al entregarte este número seis, es atraparte y no dejarte ir.

La Editora General



RETRATO DE GRAHAM GREENE
Diana Lazos

LA LUNA

DE CHRISTINA RUÍZ MARTÍ

La luna llora lágrimas de plata
porque quiere ver el sol
la luz, el verde, el azul
pero está condenada al negro
La luna quiere que su sonrisa
se refleje en el universo del día
quiere unos ojos que vean
la luna quiere ser sol pero no puede
La luna llora porque se siente sola
en su vacío muerto
contempla las estrellas y quiere ser ellas
pero no puede
la luna quiere ser libre
pero las nubes atrapan sus sueños
y los esconden cada noche
La luna grita, pero nadie oye sus lamentos silenciosos
y se vuelve a dormir porque
sabe que luchar una guerra perdida solo va a cansarla
y volverla más triste

La luna quiere ser sol pero no puede

SIN TIEMPO

DE MAR DEL CASTILLO

Sentimos nostalgia
de algo que no ha pasado.
Los astros no se han alineado
para nosotros.
El tiempo no se ha parado en un beso,
ni ha planificado un final feliz.
Pero tú,
has luchado en tu tiempo,
y yo sigo esperándote en el mío,
mientras escribo poemas
que leerás conmigo,
con unas cervezas;
como amigo,
como amante
pero sin tiempo para nosotros.



SONETO DEL CAMINANTE

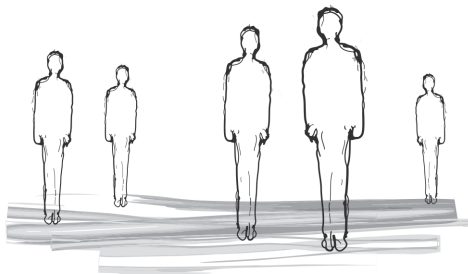
DE DANIEL SALOMONE

El neón corta las venas de cemento.
Camino solo en la calle vacía.
Nadie me sigue, así es la vida mía;
sólo un lapso, un deleznable momento

Doy otro paso, me duele el pavimento.
Nadie me acompaña y ya es otro día,
otro paréntesis, la misma vía.
Eso es mi existencia, un frágil fragmento.

Esa calle está plagada de gente,
pero está tan sola que es de mentira.
Yo quiero hablarles, habitar su mente.

Ya es tarde. Alguien me ve y de pronto gira.
Grita que cruce a la acera de enfrente.
No me atrevo. No le hablo... y él...ya no mira.



EL RUGIDO DEL LEÓN

DE NAGORE ÁLVAREZ SAIZ

No siento el invierno, no viene a mi más
Me arropo entre estas montañas rojizas,
tan altas que hasta los cardones abandonaron
Me cubro con la manta del presente,
del saber que el “yo quiero” ha ganado
Ya me siento León
me concedo la potestad de disfrutar mi nuevo estado
El niño vendrá solo...
Y tú, ¿quién eres tú?
No hay tú ni nadie
sólo el destino escrito en aquel polvo de estrella al que vuelvo a
[pertenercer

Sólo existe la unión de los elementos
la energía de volver a conectarme con lo más básico de mi ser
Y crear
¿No lo sientes?
El niño se acerca
Abro los brazos para recibirle
Ansío paciente y placenteramente tu llegada
Mientras tanto, sigo rugiendo
Yo quiero Ahora
Y el Ahora se me concedió.

LIMPIA

DE BARUCH MARTÍNEZ TREVIÑO

Voy a esterilizar mi bolígrafo
para que nada escriba
Voy a esterilizar mi mano
para que nada acaricie
Voy a esterilizar mi brazo
para que nada abrace
Voy a esterilizar mi cerebro
para que nada piense
Voy a esterilizar el resto del cuerpo
para que nada le afecte

Voy a esterilizar mi almohada
para no leerme sueños
Voy a esterilizar mis horarios
para que el segundero sea mi amo
Voy a esterilizar mi respiración
para que nunca me falte el aire
Voy a esterilizar mi voz
para llamarme maldito
Voy a esterilizar mis convicciones
para sombrear mis culpas

Y cuando esté limpio voy a pedir un crédito
voy a vestirme de blanco con tela de dioses
que deslumbren su vacío;
todos querrán tocar este ente estéril.

LA FIESTA

DE ALBERTO IBARROLA OYÓN

Celebraciones de un santo,
de unos hombres escondidos
entre viñas y cereales,
almendros, barros y olivos,
apartados de la vida,
de los amores y amigos,
celebraciones de un pueblo
bello, pero envejecido.

En la desolada casa
de la violencia, los gritos,
el extraño piensa solo,
ignorando los sonidos,
que aquella fiesta no es suya,
que no tiene ni un amigo.

Entretanto el vino corre,
los bailes, los sanos brincos,
y aquella bella muchacha
disfruta un nuevo amorío.

El extraño en salir piensa
y cesar en sus quejidos.

Visita la alegre fiesta,
no le asustan los ladridos,
ni los bailes de la plaza,
ni los viejos conocidos.

Se anima solo en silencio.

Las miradas que ha perdido
le insultan a la mañana
con el alba esclarecido.

Desolado, vuelve al lar
de los jazmines marchitos.

Ya no piensa en regresar
y se tapa los oídos.

CABEZA HUECA

DE RICARDO BERNAL

I)

Tengo la cabeza hueca: las palabras me entran por un oído, revolotean distraídas por el interior de mi cráneo y salen por el otro oído. Decido visitar al viejo Ulises para pedirle consejo.

II)

Enorme la casa. El mayordomo, un elegante cíclope bizco, me invita a pasar al salón. Al poco rato baja Ulises, barbón, bata azul. Le explico mi problema y me lleva a un pequeño estudio donde me da un frasco lleno de cera.

—No sé si sirva —dice— nunca la he usado... Echada en la alfombra, una sirena gorda con tubos en la cabeza y la cara llena de lodo verde, come chocolates. Salgo de casa de Ulises. Lluve.

III)

Me pongo cera en un oído, las palabras entran por el otro, revolotean pero no salen. Empiezan a llenar mi cráneo, bajan por el brazo, llegan a los dedos: las escribo.

LOS ESTADIOS DEL CARÁCTER HUMANO EN LA DIALÉCTICA PLATÓNICA

DE ANDREA FISCHER

O God! I could be bounded in a nutshell,
and count myself a King of infinite space.

Hamlet, II, 2.

I

De la figura del maestro y el tono de los Diálogos

Las consideraciones de Platón con respecto al alma rebasan los límites —y las capacidades— corpóreos del ser humano. Es decir: en Fedón o el alma, se plantea la cualidad mutuamente excluyente entre el alma y el cuerpo para encontrar la Verdad —que nos es tantas veces tan incomprensible, tan inalcanzable y tan abstracta, que encontrar una definición precisa resulta arriesgado y un tanto pretencioso. Sin embargo, para comprender la postura de Platón acerca del alma, habría que considerar primero una serie de puntos, que son indispensables para la comprensión de sus figuras y la construcción general del diálogo en cuestión.

En primer lugar, hay que tomar en cuenta la figura que representa el maestro, Sócrates, en la dialéctica platónica: es el ideal del filósofo, el pináculo de la sabiduría y de la templanza, rodeado inevitablemente por el lamento de la pérdida, la añoranza de la amistad y el enojo contra la ciudad que lo condenó a un último aliento. Platón lo toma como eje formador para levantar sus diálogos: la estructura de los textos está dada por las preguntas que Sócrates hace en torno a una mesa de discusión, conformada por otros personajes, que plantean sus puntos de vista particulares, en un ambiente en el que el propósito único es encontrar la Verdad.

De esta manera, el autor nos muestra los diferentes puntos de vista que se encuentran en su época, y nos da perspectiva con respecto al tema que se esté tratando. Habría que señalar, antes que nada, que el método filosófico de Platón se basa en la Mayéutica de su maestro: es cierto, los diálogos en sí mismos representan un método filosófico independiente, pero discurren, también, a partir de las preguntas que Sócrates plantea, responde y analiza. Es entonces que la riqueza del texto está no solamente en aquello que el maestro dictamina, sino en la reunión de una variedad de pensamientos, en el contexto de la cosmovisión de la Grecia Clásica.

Es interesante que Platón escoja la figura de su maestro, además, porque en ella hay un respeto inherente, lo que le permite una libertad creativa adicional para sus propuestas filosóficas: dada el aura de sabiduría que se le confiere a Sócrates, todo aquello que plantee a través de él será tomado como verdadero, en esta veneración casi absoluta que se le tenía en la época y que se le confiere con el paso de los siglos por ser uno de los tres grandes filósofos: icónico, titánico, inquebrantable, en una búsqueda de la Verdad perpetua, que lo lleva a una muerte impuesta y asumida. Es verdad que en los Diálogos se le cuestiona, pero el maestro siempre encuentra la manera de tener la razón, con la excusa única de que ha llegado a sus conclusiones a través del razonamiento. Y así discurren los Diálogos.

II

De las voces narrativas y su relación con el planteamiento filosófico

La cualidad argumentativa que el autor le confiere a su obra es particularmente evidente en Fedón o el alma. Sin embargo, es importante resaltar que éste no es un diálogo como cualquier otro: se retrata lo que sucedió antes de la muerte de Sócrates, qué se dijo y cómo fue, finalmente, que el maestro pudo desprenderse de su

prisión orgánica. Sin embargo, en el Fedón encontramos dos niveles de relato, dos voces narrativas: en primer lugar, la que es intrínseca a los Diálogos de Platón: la voz del maestro; y en un ámbito superior, la voz de un hombre que presencié un acontecimiento histórico, la voz de alguien que estuvo ahí: Fedón, y a través de él, dilucidamos lo que pudo haber ocurrido milenios atrás.

La muerte de Sócrates pasa a nosotros a través de la pluma de Platón, que a su vez, no se pone a sí mismo como voz narrativa, sino a Fedón, otro de los tantos discípulos del maestro venerado. Es importante considerar estos dos niveles narrativos, pues da una complejidad adicional al Diálogo, un velo añadido más, y una cualidad mítica adicional. Y es interesante, también, porque está directamente ligada al planteamiento que se hace acerca del alma, del cuerpo y del razonamiento: tres niveles, tres instancias, tres estadios que conforman el carácter humano, y que se pueden ligar a tres figuras también: la del maestro, la del discípulo, y la del autor, que conjuga estas dos voces para generar la suya propia.

El número no es casual. De acuerdo con el *Diccionario de los símbolos*, de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, el tres tiene una cualidad trascendente por sí mismo, que le da peso a mi interpretación:

Tres. 1. Tres es universalmente un número fundamental. Expresa un orden intelectual y espiritual en Dios, en el cosmos o en el hombre. Sintetiza la tri-unidad del ser vivo, que resulta de la conjunción del 1 y del 2, y es producto de la unión de cielo y tierra. (Chevalier, p. 1016)

Esta posibilidad no únicamente refuerza el carácter mítico que tiene *Fedón o del alma*, sino que también le da un énfasis implícito a toda la dialéctica platónica en su fundamento ideal: Platón se refiere constantemente al Mundo de las Ideas, de las formas que nos son invisibles, del mundo sensible, y su temática se basa en

la manera en la que el hombre puede tener acceso a la Verdad a través del razonamiento. De ahí que el tres sea relevante: expresa el orden intelectual que el hombre encuentra en el cosmos, y la ironía inevitable de que se encuentra encerrado en un ser vivo, que es su cuerpo, por lo que su alma no puede tener acceso a un mundo que lo rebasa, que lo extralimita, y que puede apenas dilucidar a través de la razón:

“—¿Cuándo encuentra entonces el alma la Verdad? Porque mientras la busca con el cuerpo, vemos claramente que la engaña y la induce al error.

—Es cierto.

—¿No es por medio del razonamiento que el alma descubre la Verdad?

—Sí.

—¿Y no razona mejor que nunca cuando no se ve turbada por la vista, ni por el oído, ni por el dolor, ni por el placer? ¿Y cuando, encerrada en sí misma, abandona el cuerpo, sin mantener con él relación alguna, en cuanto es posible, fijándose en el objeto de sus indagaciones, para conocerlo?” (Platón, p. 346).

Se plantea claramente el conflicto que tiene el hombre en su búsqueda de la Verdad, que es le superior e inaccesible por la limitante inevitable de su coraza de carne. En este conflicto existencial es que Platón plantea los tres estadios del carácter humano.

III

Del carácter humano y de su relación con el mito de la caverna

Así como es relevante tener en cuenta la figura que representa Sócrates en la obra de Platón, es igualmente importante remitirnos a un pasaje fundamental: aquel en el que se explica la cualidad limitante que tiene el ser humano para ver las cosas en su esencia original —a la que se hace referencia como forma—, y el símil

que se hace en torno a la oscuridad de una cueva que le priva de encontrarse con la expresión ideal de todo lo que existe.

Según Platón, a través de Sócrates, el alma conoce *a priori* la forma de todas las cosas que le rodean, pero las olvida al momento de su nacimiento. A través del cuestionamiento de lo que le rodea es como puede recordarlas, y logra entender su entorno y lo que le sucede. Sin embargo, el mito de la caverna platónica tiene imágenes mucho más interesantes, que llevan a análisis mucho más profundos, y que dan sentido, además, a los tres estadios del carácter humano de los que se habla en Fedón o del alma.

El juego que Platón plantea en *La República* en torno a la oscuridad y lo visible revela la capacidad humana de segregación al distinto: a aquel que logra ver lo que sucede más allá, porque se aleja de la norma y de lo que ocurre en la seguridad de lo cotidiano. Sin embargo, la vista de la que el autor habla trasciende aquella de los sentidos orgánicos: habla de una clarividencia intelectual que, de acuerdo con su postura, nos es oculta, por los placeres terrenos que busca el cuerpo. Lo que nos queda, entonces, son reminiscencias de un mundo anterior, perfecto, formal, que trasciende los límites de la comprensión humana por causa directa del cuerpo. Un mundo, sin embargo, al que el alma aspira, porque es donde se encuentra la Verdad, y al que podemos acceder únicamente a través de la razón.

La dualidad que plantea es la siguiente:

“—Un hombre sensato reflexionará que la vista se alterará de dos maneras y por dos causas contrarias, por el paso de la oscuridad a la luz y viceversa. Aplicando a los ojos del alma lo que le sucede a los del cuerpo (...), analizará si éste tiene lugar porque el alma viene de un estado más luminoso, o si es que al pasar de la ignorancia a la luz, se deslumbra con el brillo de ésta.” (Platón, p. 196)

Resulta interesante que traslade capacidades de la visión física a la trascendental, porque el símil funciona muy bien: habla de la revelación de lo oculto a través del análisis, y de cómo el ser humano se deslumbra, y tiene que acostumbrarse a la intensidad

nueva de la luz que se le presenta —la luz de la esencia:

“—En esta evolución que experimenta el alma, el arte no consiste en hacerla girar de la manera más sencilla y más útil. No se trata de otorgarle la facultad de ver porque ya la tiene, sino de corregir a su órgano, pues está mal dirigido y no ve hacia donde debe de hacerlo.” (Platón, 196)

El acercamiento esencialista que Platón tiene a la evolución del alma confiere al ser humano de una cualidad superior y universal, que le es característica e intrínseca, porque es un ser pensante. Es a través de la razón que el autor impulsa al alma a conseguir su calidad original: la forma que se le está privada por su encierro temporal en una prisión de piel. Teniendo en cuenta la explicación que se da en *La República*, los principios planteados en *Fedón* o del alma cobran un sentido diferente: más humano, más cercano, más intelectual y más trascendente, que una simple prohibición necia, inherente al ser humano por su calidad de ser orgánico.

Es cierto, nos quedan las reminiscencias de un mundo ulterior, pero deja una ventana de oportunidad abierta a todo aquel que quiera acercarse por medio del razonamiento.

IV

De las reminiscencias

Por último, no es casual que el Diálogo dedicado al alma discorra en torno a la muerte de su maestro. La imagen de Sócrates consolando a sus discípulos a través del razonamiento me parece acertada, porque es lo que le da pie para hablar de los tres estadios del carácter humano: el cuerpo, el alma y el razonamiento, que es el mediador entre los últimos dos y de la forma, de lo ideal, de la Verdad.

Platón plantea toda una disertación a través de Sócrates sobre cómo el verdadero filósofo no debe temer a la muerte, pues es en ella que finalmente el alma puede liberarse de su prisión

compuesta para volver a la armonía. Es interesante que, a lo largo del Diálogo, emplee la razón de su maestro para finalmente liberarlo del mundo físico: la metáfora es evidente.

Me parece una analogía adecuada a lo que se conoce como la vida de Sócrates: el planteamiento de preguntas que exhuman la Verdad del terreno tenebroso en el que el ser humano deambula. Platón purifica a su maestro con sus disertaciones filosóficas para que logre finalmente deshacerse de su carcasa terrenal con una última ironía:

“—Critón, debemos un gallo a Asclepio; no te olvides de pagar la deuda.”(Platón, p. 216)

Así, el maestro se hizo forma, y los discípulos se hicieron lágrimas con sus reminiscencias.



ME ESPERA

DE YAMIL NARCHI SADEK

Me espera
sentada a la orilla de la cama,
vestida de cuero negro
y armada hasta los dientes,
la Memoria.



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

ADIÓS, CHISMOCITA

DE CECILIA DURÁN MENA

No hay cicatriz que no encierre belleza, son las costuras de la memoria, dice la doctora mientras lleva a cabo el procedimiento de sutura. Como si yo quisiera guardar el recuerdo de lo que sucedió. Ya quedé marcada. Tuviste suerte, ¿sabes?, no hay afectaciones óseas y las vías nasales y orales no resultaron comprometidas. Tampoco te tocaron los ojos. Es algo muy superficial. Ni te preocupes, vas a quedar bien. La voz traspasa la tela azul claro del cubrecampos que me tapa la cara. Es una herida limpia, no te apures, voy a cuidar que el resultado sea estético. Va a parecer un pellizco de ángel. ¿Un pellizco de ángel? ¿Qué es eso? Una pequeña rendija de la tela me permite ver cómo se ajusta los lentes de cirugía. Sigue hablando. No sé si lo hace para explicar lo que está haciendo o si recita un procedimiento aprendido de memoria. Estoy con los cierres primarios y verás que tendrás una evolución muy favorable. Lo vas a notar en las próximas veinticuatro horas. No te muevas. ¿Te duele? Sin esperar respuesta, me inyecta más xilocaina.

En serio, no te muevas. No quieres quedar chueca, ¿verdad? Si no te estás quietecita, puedo dejar un remate imperfecto. Las cicatrices son costuras de la memoria, repito las palabras en la mente. No, no quiero un remate imperfecto que me marque para siempre, me digo, y siento que una lágrima quiere salir. Ya quedé marcada. La enfermera pasa un algodón por el contorno de los ojos. No queremos contaminar el área estéril, explica y siento una palmada en el hombro. El nudo en la garganta es amargo. No siento la cara pero tengo una profunda sensación de mareo.

La herida presenta un corte impecable, la trayectoria vertical fue bien trazada. Tenía buen pulso, aunque no lo creas, eso es una fortuna. Es una facial simple, es decir, neta, así se dice. Bueno, para que me entiendas, no es muy grande. Fíjate, le dice a

la enfermera, la distancia entre bordes es menor a diez milímetros, se comprometió sólo el plano cutáneo y no presenta contaminación importante, podría ser suturada en un plano, a puntos separados con sutura no absorbible. ¿Nylon 6/0?, pregunta la enfermera. Se olvidan de mí. No, no hay necesidad, no son planos profundos, mejor usamos sutura no absorbible continua intradérmica. ¿Entonces, Nylon 3/0 o 4/0 o simplemente adhesivos cutáneos? No exageres, hay que suturar. Estoy muy triste. Mira, primero, el plano cutáneo es muy fino y se encuentra íntimamente relacionado con el músculo orbicular, por lo que debe suturarse en un sólo plano que incluya solamente piel. ¿Podré ocultar la cicatriz con maquillaje? Vamos lento, con cuidado. Hay que evitar deformidades por retracciones debidas a compromiso isquémico del músculo por sutura.

No entiendo nada. Sólo lo de deformidades. Dejo de escucharlas. Me pregunto dónde habrán quedado mi libro de inglés y la mochila. Entre los gritos de la gente del trolebús y tanta sangre, no me fijé qué pasó con mis cosas. Todo se me confunde, no sé qué sucedió primero. Hay espacios vacíos en la mente. Huecos. Hoyos. ¿Será muy grande el hoyo que me quedó en la cara? No era un agujero, más bien era un ojal. No sé. Las imágenes se enciman unas sobre otras. Lo único que recuerdo con precisión son las gotas de sangre en la blusa tan blanca de la señora que estaba junto a mí. Caras alarmadas, confusión, se fue para allá, dedos que apuntaban en mi dirección y lo que creí que eran gotas de sudor eran hilos de sangre que escurrían de la mejilla. Al mirarme en el reflejo del vidrio de la ventana, me di cuenta: tenía una rajadura que se abría desde el pómulo hasta la barbilla del que brotaba sangre. Grité. El chofer del trolebús se paró y los demás pasajeros también gritaron. Un hombre sacó una pistola y disparó tres veces. El chico de la playera negra con la cara de Darth Vader cayó muerto en la banqueta.

¿Te duele?, me vuelve a preguntar la doctora. No, nada. Mi voz se deshace como hilachos. Casi no se oye. Parece que estoy llorando. Sí, ya sé, tranquilita, ya vamos a acabar. La señora que

está allá afuera, ¿es tu mamá? ¿Mi mamá? No, no es mi mamá. Avísenle a mi mamá. Le dicto el teléfono de la casa y alguien sale del quirófano. ¿Quién es la mujer que te acompañó, la que está en la sala de espera? No sé. En serio, no lo sé, ¿quién será?, ¿será la mujer de la blusa manchada? Bueno, no te apures, ahorita averiguamos. Trata de dormirte, así se te hace más cortito el procedimiento.

La verdad es que no lo sé. No sé nada de ella, ni su nombre, ni nada. Viajábamos juntas en el trolebús. Creo que ella ya estaba ahí cuando me subí a la altura de Xola. No estoy segura. Iba distraída. Llevaba el tiempo justo para llegar al examen de la clase de inglés. Repasaba los apuntes. Ellos se subieron en Eugenia, tal vez antes. Eran tres. Iban vestidos de negro. Se pararon entre nosotras. La rodearon. El de la camiseta de Darth Vader sacó una cuchilla desechable, de esas que se usan de repuesto en las maquinillas de afeitarse. Esas que se utilizaban antes de los rastrillos de plástico. Vi cuando la escondió entre los dedos índice y cordial de la mano derecha. Se acercó a la señora de blusa blanca y empezó a rasgarle el bolso.

Intenté mirar para otro lado, no pude. Me aclaré la garganta y logré el cometido. La señora volvió el rostro hacia mí. Elevé las cejas y señalé su bolsa. Cuidado, susurré. La señora sonrió, caminó por el pasillo y se sentó frente a la puerta de salida. Gracias, gesticuló. Me hizo señas para que me sentara a su lado. Empujé con suavidad al de la camiseta de Darth Vader apresuré los pasos y ocupé el asiento. El tráfico estaba imposible. El trolebús apenas avanzaba. Miré el reloj. Llegaría tarde al examen. Suspiré. Gracias. De nada, le dije.

—Oye— miré en dirección de la voz. El de la camiseta de Darth Vader estaba frente a mí—, gracias, ¿eh? Adiós, chismosita.

Me sostuvo la barbilla con una mano y me pasó la otra por la mejilla izquierda, como si me estuviera acariciando. La navaja entre el dedo índice y cordial se deslizó con suavidad sobre la piel y

la cortó sin que hubiera dolor. El grito de la señora fue desgarrador. Las gotas de sangre le mancharon la blusa tan blanca. El chico pateó la puerta del trolebús. Saltó a la calle. Fue él, fue él. El reflejo en el vidrio de la ventana. Mi cara. Dos detonaciones. Dos charcos de sangre: uno en el asfalto de la calle; otro en el piso junto a mis pies. El hombre de la pistola se bajó, volvió a detonar el arma. Se perdió entre las calles de la colonia Narvarte. Los compañeros del muerto desaparecieron. No tengo idea de cuánto tiempo tardó en llegar la ambulancia que me trajo al hospital. No sé quién ni cómo me subieron. Tampoco me enteré quién me acompañó hasta acá. ¿Ya le habrán avisado a mi mamá?

Hay espacios vacíos en la mente. No sé si alguien recogió mi libro de inglés ni qué pasó con la mochila. No recuerdo bien su rostro. La voz es clara en la memoria. Me arrancó una tira de piel. El lamento se ahoga. La garganta está muda. Callada, entro en un hueco oscuro. Me marcaste la cara y no recuerdo la tuya. Queda ese timbre: Adiós, chismocita. Retiembla la piel. En serio, no te muevas. Tranquila. Ya vamos a acabar. Entre las costuras de la memoria, no hay forma de que alguien me pueda convencer que no hay cicatriz que no encierre belleza. Adiós, ya me dejaste marcada.

400 AÑOS ATRÁS

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

Que el vago azar o sus precisas leyes, diría Borges, hubieran hecho coincidir en un mismo día el deceso de dos de los más reconocidos escritores de Occidente, Cervantes y Shakespeare, habría sido motivo de exégesis aviesas y otras formas del esoterismo literario. Afortunadamente no fue así. Ocurrió, pero de otra manera. Es decir, que el 23 de abril de hace 400 años no fue exactamente un 23 de abril en Inglaterra sino apenas el 13 de ese mes, y solo diez días después, cuando en la Europa continental ya era 3 de mayo, moría el dramaturgo más importante de todos los tiempos. La razón del tal desfase es de sobra conocida: a fines del siglo XVI, Gregorio XIII había conseguido adelantar semana y media el calendario oficial para adecuarlo a cierta neurótica pertinencia celeste, precisión que el calendario juliano, al que Inglaterra fue fiel hasta bien entrado el siglo XVIII, no reconoció.

De manera que sí, pero no: Cervantes y Shakespeare no murieron el mismo día debido a este cómico o cósmico desarreglo astral, aunque, por un azar aún más incontrolable, el número y el mes de ambas defunciones sean engañosamente los mismos. Más importante que este divertimento para eruditos de la gleba, que también se han entretenido en determinar si Shakespeare murió muy joven y sus treinta y ocho tragedias en realidad son obra de Marlowe, su contemporáneo (aun los más avispados dedican sus esfuerzos a convencernos de que el autor del primer *Fausto* dramatizado, el infausto escritor muerto en un duelo antes de cumplir los treinta años, era en realidad Shakespeare), es el hecho incontrovertible de la riqueza centrípeta de Cervantes y la centrifuga de Shakespeare.

“Uno es hijo de sus obras”, gustaba repetir el escritor español, aludiendo a un concepto de época que justificaba la no muy cómoda cuna de algunos escritores sin alcurnia; y la obra de

Cervantes, sin rebasar los ocho o diez libros de diversos géneros (el hombre lo intentó todo por alcanzar la “vida de la fama”, esa barroca idea, pervertida con los años, de que dejar testimonio en la memoria del mundo era un valor legítimo), se justifica por uno solo: el *Quijote*. De Shakespeare, en cambio, es difícil decidir qué drama o qué soneto nos llevaríamos a la isla desierta, pues en casi todo lo que tocó, Midas inmoderado, midió al mundo.

El Dr. Harold Bloom, crítico de prestigio vacilante, coloca al poeta de Stratford en el centro del canon occidental en su polémico libro de idéntico título, lo que equivale a decir, según los criterios casi deportivos del académico, que ni Dante ni Goethe ni Cervantes (ya no digamos Paco Ignacio Taibo) están a su altura en creatividad o pericia literaria. Su idolatría llega al punto de suponer que era “el menos engreído y agresivo de todos los escritores importantes”, una persona “amigable y de apariencia bastante corriente”. En realidad es muy difícil saberlo o suponerlo en el autor de tantas obras y caracteres llenos de pasión y fuerza, de temperamentalidad desmedida, y en todo caso el artista siempre está escondido detrás de su obra y lo que importa es esta. Perderíamos el tiempo determinando, asimismo, qué impuesto mal cobrado o qué desdén de su archienemigo Lope de Vega, por venganza, hicieron de Cervantes el hombre que escribió la novela más universal de la historia, y entraríamos francamente en el terreno de las marcas a superar y las medallas o premios obtenidos (Bloom considera a Dante “el rival más próximo” de Shakespeare, casi como si estuviera refiriéndose a pugilistas con más o menos combates ganados) al dimensionar su obra en metros cuadrados.

Si se tratara de jugar con indolentemente con los méritos literarios, de “chabacanear” la obra de Cervantes y Shakespeare a propósito de la falsa coincidencia de su aniversario luctuoso, nadie mejor que Fernando Vallejo para salir al paso con su humor de los mil diablos y su iconoclastia canina cuando dice que la diferencia entre ambos escritores es que sus dos personajes centrales hablan

por ellos, y que es distinta (y mejor) la castiza virilidad de don Quijote cuando afirma categóricamente “¡Yo sé quién soy!”, ante los improprios de la grosera realidad que le escatima luces a su entendimiento, que la más bien amariconada duda que atormenta a Hamlet: “Ser o no ser, he ahí el dilema”.

Tan poco serio como el edicto de Vallejo es el floreciente olimpismo de Bloom, pero tiene la ventaja de ser más chistoso. Lo cierto es que tanto el arte de Cervantes como el de Shakespeare son similares en su exquisita polivalencia: son obras, la única importante del español y las varias indiscutibles del inglés, que no consienten juicios irrevocables pues es tal la riqueza con que han sido dotadas por sus autores que sería difícil emitir un juicio unívoco. Pero hay su diferencia: la ambigüedad en el *Quijote* se halla sostenida de principio a fin por un humor peculiar que no es el de la comicidad o la sátira o la ironía, en las que es maestro el autor de *Otelo*, sino el desinteresado desenfado que muchos años después estudiaría Bajtín: el que suspende cualquier juicio sobre el mundo para relativizarlo todo, para regenerarlo e inscribirlo en un universo más alto, uno en el que no caben fronteras categóricas pues lo dicho o expuesto es simultáneamente cierto y falso, serio y pueril, pasmoso y sagrado. No digo que Shakespeare no haya alcanzado esta privilegiada indeterminación en algunas de sus obras y de sus personajes, pero no era su objetivo desestabilizar el mundo a partir de la gracejada o la observación ingeniosa. Shakespeare habla del hombre y de la vida, en cada verso y casi sin quererlo, con increíble talento y maestría y un agudo e intuitivo conocimiento del alma humana. Pero su obra no está cifrada en el desinterés vital del humorismo que advertimos en Cervantes o, por mejor decirlo, en el *Quijote*, donde se concentra como nunca antes, y no sabemos si después, una acabada, elaborada y regeneradora recreación del mundo a partir de la infinita vivencia de su ser y sentido como ambivalencia organizada por el humor, ese convidado de piedra que las teologías profanas (no digamos ya las sacras) han excluido del banquete planetario.



ASISTE A NUESTRO TALLER DE LECTURA

Los últimos
jueves de mes
de 19:00 a 20:30 horas

**Centenario No. 66,
Col. Del Carmen,
Coyoacán.**

Para inscripciones y/o
mayor información:
info@porescrito.org

EL ÉXITO

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

Ésta es la historia de un hombre normal, de esos que trabajan para vivir y viven para trabajar. Este fulano tuvo una infancia como la de cualquier otro. Quería ser bombero, policía no, porque a su mamá le inspiraban más miedo que respeto, futbolista, astronauta, abogado como su papá o súper héroe, ¿por qué no? Soñaba con salvar al mundo de una catástrofe y con encontrar la cura para el hijo del plomero que tenía síndrome de down.

Nuestro personaje supo, como todo el mundo sabe, que tenía que ganar dinero para ser feliz y eligió la carrera fácil, ésa que le implicaba dieciocho horas de estudio al día para aprobar las materias y que le permitió agregar, con toda honestidad, la abreviatura de licenciado en sus tarjetas de presentación. Obtuvo su primer trabajo y cumplió los sueños de otro, no nos queda muy claro de quién, pero es evidente que eso es lo que debe hacer un ciudadano respetable.

Dio el anticipo para un departamento y se hipotecó por treinta años, si todo salía bien. Dentro de sus cuatro paredes, pronto invitó a una mujer a vivir con él. Con los gastos compartidos, resultaba más fácil pagar la ropa de marca que necesitaban para convivir con su nuevo grupo de amigos tan selectos. No tuvieron hijos de inmediato (salen muy caros). Fue una suerte porque no resultó ser la adecuada para la vida que nuestro sujeto se había imaginado. Desfilaron tres más, una tras otra. Lo más difícil era hacerles espacio en los armarios que él había ido llenando a través de años de shopping en el extranjero.

Una se embarazó y eso la convirtió en la definitiva. Había que casarse por aquello de que la sociedad discrimina todavía a los hijos fuera del matrimonio. Un varoncito y, a los dos años, una niña. ¡Qué felicidad! Seguro más para la madre, que ahora ya se dedica de tiempo completo a cuidarlos.

En sus ratos libres, el hombre quiere ser futbolista. Ya no tiene edad. Se lastima la rodilla. Se le ha olvidado que un día quiso apagar incendios, pero su convertible rojo se parece un poco al carro de bomberos que de niño vio pasar como un bólido por la avenida. Quiere ser súper héroe, pero todos sabemos que esos no existen en la realidad. Se conforma con parecerlo. Cada día se entuba más los pantalones. Sería cursi ponerse unas mallas cuando ha substituido la corbata por la capa. Se vuelve intrépido. Se consigue una amante (o dos). Se obliga a usar preservativos. ¡Hay que ser responsable, caramba!

Cuando se da cuenta de que se le han pasado las décadas, se tiñe el cabello. Se inscribe al gimnasio, aunque sólo vaya los primeros dos días del mes. Así sigue su vida. No logra descubrir qué es lo que le hace sentirse un fracasado.

Esta historia es sólo ficción. Nadie conoce a un hombre así.



LA CALLEROSA DE CHIMALHUACÁN

DE CECILIA DURÁN MENA

Es gorda pero muy ágil. Ha de tener unos cuarenta y cinco años, pero se ve más vieja. Es muy desarreglada. Se viste como hombre. No lleva una gota de maquillaje. Usa el pelo recogido en una cola de caballo muy restirada que le llega a media espalda. Tiene la cara redonda y los dientes separados, se le ven las encías. Huele a sucio. Ataca a navaja. Se acerca a sus víctimas por la espalda, las sujeta con la mano derecha y con la zurda les corta el cuello. La voz apasionada de mi nana suena cansada, aunque llena de pasión.

Le encanta andar asustándonos con esas historias negras y yo siempre me tragaba el anzuelo. Yo era su mejor víctima y su cliente más asidua para esos cuentos de terror. Persistentemente, me espanta con cuentillos de víboras que salen en el jardín, de bichos venenosísimos que se anidan en los rincones de la alacena y de cara de niños enormes que ha tenido que matar mientras está planchando.

Cuando era chica, me acostumbró a inspeccionar las sábanas para verificar que no hubiera alguno de esos monstruos de los que ella hablaba. Herminia, deje de asustar a la niña, le decía mi madre. Pero mi nana no le hacía caso. Con ojos desorbitados y a la luz tenue de la lamparita del buró, después de hacernos rezar las oraciones nocturnas, empezaba con las leyendas del cocodrilo que vivía en los cimientos de la iglesia de su pueblo, del sacerdote sin cabeza que se sentaba en el confesionario o de las ahorcadas que habían aventado al río por ser niñas mal portadas que no recogían los juguetes y tenían tirado su cuarto.

Por eso, las historias de la nana Herminia siempre me han impresionado. Mientras pela las papas para la sopa y

mueve el cuchillo con agilidad sin rebanarse los dedos chatos y gordos, sonrío y me ve de soslayo. Le dicen La Callerosa y anda degollando gente por allá por Chimalhuacán. ¡Ay, nana! ¿Cómo crees? No, es en serio. Ya lleva tiempo matando inocentes, pero entre el catorce y el dieciocho de septiembre asesinó a dos mujeres y dejó muy malheridas a cinco personas. Verdad de Dios, mi niña. Hizo la señal de la cruz con el pulgar y el índice de la mano derecha, se la llevo a los labios y la besó como para indicar el grado de verdad de sus palabras.

Uno de los heridos es Antonio Soto, es vecino de mis hermanos. Tiene cuarenta y tres años. Es un hombretón fuerte, así de grande. Y para mostrarme las dimensiones elevaba el brazo izquierdo y con el cuchillo en la mano hace pequeños giros. El Toño andaba caminando tan campante por la calle rumbo a su trabajo y vio una persona que se dirigía a él. Al principio no sabía si era hombre o mujer. Le pareció sospechoso, pero no se decidió a darle la vuelta o a bajarse de la banqueta para que no dijeran que era un pollote cobarde, pero sí se le puso la carne de gallina. A unos metros de encontrarse, la perdió de vista. La muy desgraciada se escondió detrás de la pick-up de la Susaneja. El Toño la buscó con la mirada. La Callerosa le salió por el otro lado, le puso un cuchillo en el cuello y le dijo, ora sí, ya te llevó. El Toño le dio un manotazo. Se miró la mano, la tenía ensopada de sangre y luego la miró a ella. La quiso jalar de la cola de caballo, pero la vieja ya había salido corriendo.

¡Ay, nana! ¿Y no se fue corriendo detrás de ella?

Los ojos de Herminia centellearon. ¿Cómo crees, niña? El Toño estaba mal herido. Le faltó resuello. La Callerosa sí le alcanzó a dar un buen piquete. ¡Qué piquete! Le sacó una buena tajada en la garganta. Dijo y puso el brazo regordete en escuadra, apuntando con el cuchillo a su propio cuello y movía la mano ejemplificando la acción.

Nana, mejor no hables de bulto, no te vayas a lastimar.

La cabeza cuadrada de la nana se agitaba de un lado al otro y los chinos que antes eran negros y hoy más bien se veían entrecanos enmarcaban una expresión casi estática, como

llena de placer y de alarma a un tiempo. Luego, con el cuchillo todavía manchado de sangre, La Callerosa intentó matar al Beto Pichardo, esa misma noche.

No inventes, nana.

Deveritas, niña. El Beto Pichardo es un hojalatero que tiene su taller junto a la tienda de la esquina. El pobre es muy buen hijo. Salió a comprarle la cena a su mamá que estaba en la cama malísima de la gripa. Al pobre del Beto le fue peor que al Toño. Lo acuchilló en el abdomen, le perforó los brazos y también le acertó al cuello. La Callerosa pensó que lo había dejado bien muerto y salió corriendo, dejando un rastro de gotas de sangre en la banqueta.

El pobre muchacho se fue arrastrando a su casa. Aporréo la puerta de su casa. Una de las hermanas, a esa a la que le dicen la Picha, abrió la ventana y se lo encontró mudo, desangrado. Se lo llevaron a las carreras al hospital. Llegó muy grave, pero gracias a Dios, ya está estable.

¿Oye, nana? A lo mejor es un hombre vestido de mujer, ¿no?

No. No creo. Dice y se chupa el diente de oro que tiene junto al colmillo izquierdo. Se talla la barbilla y niega. No creo. El Toño, la Picha y el Beto dicen que es una mujer. Por ahí dicen, y Herminia baja la voz como si tuviera miedo de que la fueran a escuchar, que es una mujer a la que le mataron a un hijo o se lo robaron. No se sabe. Dicen que es una quedadita que se dio su permiso y le hicieron un hijito. Luego le vino la de malas. Otros dicen que es una de esas mujeres a las que no les gustan los hombres y que unos malos se pasaron de listos con ella y ahora anda buscando venganza.

¡Ay, nana! Yo creo que eso son puras mentiras.

No. Mira, ya ves que mi sobrino, el hijo de Eustacia anda manejando un colectivo. Dice que La Callerosa anda desatada. El otro día cuando acabó la jornada y llevó la unidad a estacionar a la base de servicio, se levantó y se puso a recorrer el pasillo para ver que nadie hubiera dejado nada, y todo eso. En el asiento de atrás se encontró a una pasajera medio muerta. Rosario Laureano, de cuarenta años. Esa sí se la enfrió La Callerosa,

la pobre se murió de camino al hospital. Dicen que también se echó a una jovencita de dieciséis años que se llamaba Branda Mondragón. Ésta fue la peor. La degolló en la calle, frente a su madre. Se les apareció así de la nada, le cortó el cuello y se escapó sin que les diera tiempo de reaccionar.

¿Y la gente, nana, no hizo nada? No te lo puedo creer. A mí se me hace que son puros cuentos para asustar a la gente de Chimalhuacán.

Eso dice el presidente municipal, que son puros chismes de la gente, que son inventos para echarle a perder el trabajo político. Pero no, niña. Verdad de Dios que sí existe. Lo malo es la gente como tú que no creen, que ven con esos ojitos de descreídos y luego por eso pasan las cosas.

¿A poco tú te crees esas historias?

¿Tú no? Más vale que te las creas. No tardan en agarrar a esa gorda maldita, ya verás. Ya está haciendo estupideces. Dice la Picha que está muy enterada y anda muy interesada en resolver el caso de su hermano, que la asesina de Chimalhuacán ya anda fallando, que la última víctima le dio un codazo en la nariz, desvió la cuchillada y logró escapar. En la trifulca, La Callerosa dejó una pista. Una cuchilla en el suelo que está llena de sangre. ¡Ándale, para que se te quite lo descreída!

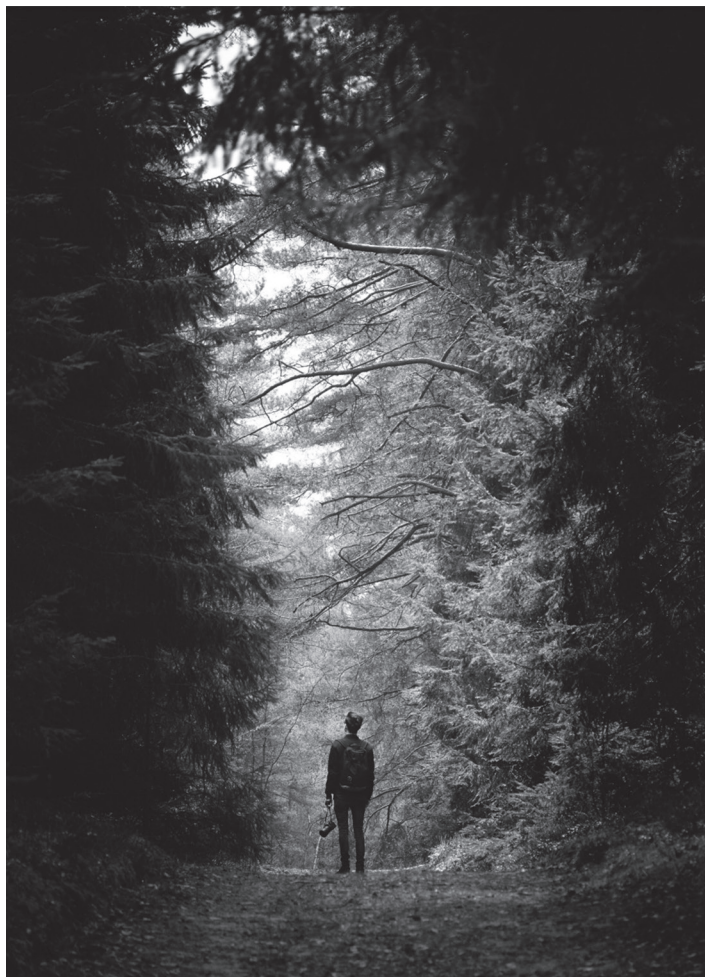
La nana se ríe y agita todo el cuerpo mientras sigue mondando las papas para la sopa. La hoja del cuchillo sube y baja sobre la superficie del tubérculo, me mira y sabe que ya me atrapó. No sé si los cuentos de la nana Herminia son leyendas o son hechos reales. Lo que sí es cierto es que seguro hoy tengo pesadillas.



Y SE ACABA EL CONTINENTE
Raúl Albright



INMERSO
Raúl Albright



PASSIONATELY CURIOUS
Kristiana Pandere



SOMBRAS BLANCAS
Adrián Marquina



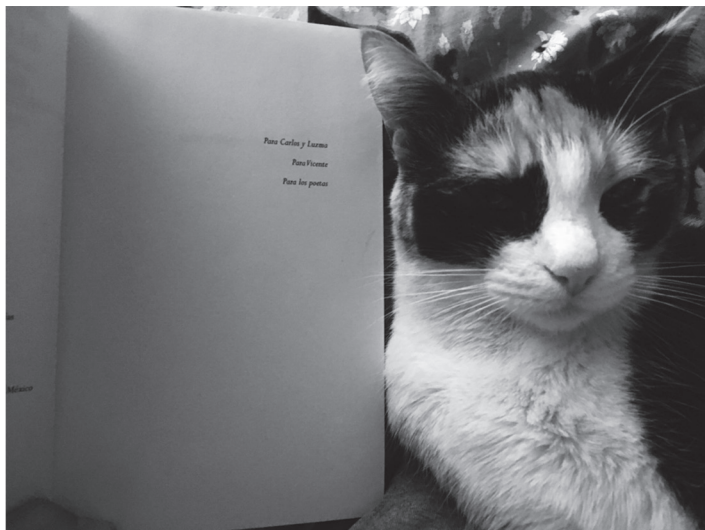
ELONGACIONES DE CANTERA
Valeria Flores



DE LA SERIE *DONDE NO ES*
III
Unai Matco



SIN TÍTULO
Anna Fuxxx



ATODOSLOSPOETAS
Andrea Fischer



SIN TÍTULO
Nicolás Ávila



SILUETA SUSPENDIDA
Santiago Delgado

AUTOINCULPACIÓN

DE HÉCTOR DANIEL OLIVERA CAMPOS

“Yo fui el único responsable y autor de la muerte de ese individuo —llamarle señor sería demasiado—, pero quiero que consten en esta declaración mis motivos: ¡El tipejo nos reclamaba 31.987 euros! Decía que no pagábamos derechos de autor desde 1999 y que si no abonábamos todo lo adeudado nos enfrentábamos a una demanda y pediría a un juez que ordenara cancelar la representación. Aquel mal nacido alegaba que el texto que utilizábamos no era del autor —muerto en 1635—, sino, que era una adaptación teatral más moderna realizada por otro tipo que estaba vivo y coleando y cuyos derechos vulnerábamos. No tuve otra opción que matarlo.

Permítanme que me explique sobre el evento. La representación la organiza el Ayuntamiento con el patrocinio y colaboración de la Junta Regional. El año pasado fue declarada Evento de Interés Turístico Regional. El texto es un alegato contra la violencia de género —lacra tan candente en la actualidad—, y narra la rebelión de todo un pueblo contra el abuso y la tiranía. La obra se representa cada año durante la segunda quincena de agosto y en ella participan más de trescientos vecinos —todos desinteresadamente—; lo que implica un gran despliegue a nivel técnico en todos sus aspectos: iluminación, sonido, vestuario y atrezzo; siendo el principal reto para mí, sumar las voluntades de esos más de tres centenares de personas involucradas en el montaje, del que toman parte ciento cincuenta actores y figurantes, dieciséis músicos, y una coral; además de caballos, gallinas y otros animales. Actualmente podemos declarar con orgullo que ya contamos con un referente consolidado en el panorama cultural regional que atrae turismo, incluso desde otras comunidades autónomas y que potencia la dinamización socio-cultural, el tejido asociativo, la colaboración intergeneracional y la participación ciudadana en el ámbito local. Además, en esta edición estaba previsto que ciento ochenta niños participaran paralelamente en una representación infantil. La

extorsión a que nos quería someter el sujeto en cuestión, hubiera supuesto que nos quedásemos sin presupuesto para el vestuario y los decorados. Y eso yo no lo podía permitir. ¡Estaba jugando con la ilusión de todo un pueblo! Los vecinos llevan ensayando desde hace meses y, en las últimas semanas, los ensayos se han prolongado hasta pasadas las 2:30 de la madrugada.

Firmado. Francisco López López.”

El inspector de policía terminó de leer el folio y contempló con indignación la expresión de apacible serenidad que irradiaba el rostro de Paquillo, animador socio-cultural municipal, sobrino del alcalde y con fama de no ser muy inteligente:

—¿Se puede saber qué es esta mierda que has escrito?

—Mi autoinculpación. ¿Qué más quiere?

—Para empezar, dime los nombres de los que te ayudaron.

—No sé de qué me habla.

—¿Qué pasa, que nos tomas por gilipollas? ¿Tú te crees que la policía es tonta? ¿Cuánto mides Paquirrín?

—Metro y cincuenta y tres centímetros. Pero, no sé qué tiene eso que ver. Lo hice yo sólo, mis huellas están en el cuchillo.

—Ramón Buitrago, la víctima, medía un metro noventa y pesaba ciento cuarenta kilos. Y quieres que me trague que un retaco como tú le endiñó hasta treinta y dos puñaladas con un cuchillo de monte sin ayuda de nadie.

—Así es.

—No cuela. Yo te diré lo que pasó. Buitrago era un tipo facineroso, lumpen, antiguo rockero fracasado, tenía antecedentes penales y hubiera vuelto a prisión si no llega a ser contratado como recaudador por la Sociedad de Autores. El vuestro era el primer trabajo importante que hacía para la Sociedad, hasta entonces se había dedicado a infiltrarse en bodas y bautizos para grabar clandestinamente las ceremonias y así suministrar pruebas para que la Sociedad pudiera perseguir a los organizadores de los banquetes por pinchar música sin pagar derechos de autor. Lo envían a tu pueblo, a Fuente Obejuna, y el tipo pretende cobrar a los vecinos por la representación de la

obra de teatro *Fuenteovejuna* de Lope de Vega ¡qué cojonazos! Ya lo hicieron en Zalamea de la Serena cuando quisieron sacarles 24.000 euros al vecindario por representar *El alcalde de Zalamea*. No te diré que no os comprendo, los de la Sociedad de Autores son una puta mafia y si te viene un tío así, te entran ganas de matarlo. Tú y otros con los que discutí os negáis a pagar, el tipo, que tenía ganas de quedar bien ante sus jefes, se altera y se pone farruco, la cosa se calentó y lo matasteis. Tú le asestabas las puñaladas mientras otros —al menos cuatro más— lo sujetaban. Y ahora te diré lo que va a pasar, héroe de pacotilla: te pudrirás en la cárcel cumpliendo pena por asesinato mientras tus coleguitas se dedican a vivir la dulce vita y se olvidan de ti; pero si colaboras y me dices quién participó, el juez lo tendrá en cuenta y te rebajará la pena. ¿Quién mató al recaudador?

—Yo sólo, inspector.

—Ya me estás tocando un poco los huevos ¿sabes? Mira, aquí tengo una lista de mil vecinos de tu pueblo que se han autoinculpado del crimen en solidaridad contigo. No son todos los que están, pero seguro que están todos los que son, únicamente tienes que subrayarme los nombres. ¿Quién mató al recaudador?

Paquillo sonrió con dulzura, miró con ojos felices al policía y declamó con voz limpia, digna y firme:

—Fuenteovejuna, señor, todos a una.

EL PRECIO DE TU PIEL

DE NORMA ELIZONDO MAYER SERRA

Nos separan dos metros y varias generaciones. ¿Quién hace esperar a un ser tan bello? Le mando otra de sus bebidas coloridas, ordeno que le sirvan todo. Cuando nació, yo ya no tenía esa piel tersa y radiante —ese pergamino blanco y luminoso que aprisiona la calavera que a mí se me transparenta. Me escondo en un rincón oscuro del bar, ¿del antro? Sonrío, pagué tanto por mis dientes: son más jóvenes que su piel.

Noche tras noche me rodeo de juventud, finjo que espero. Con el mesero mando recados, siempre el mismo. Hoy, tú me respondes que sí.

Beso tu frente, lamo tus cejas, chupo tu oreja. Toco cada músculo marcado bajo tu piel de alabastro. Sin separar mis ojos de los tuyos te arranco la ropa, el brillo ligero de tu cuerpo me ilumina. Me tapo para que no me veas. Calma, calma, la madurez es personalidad, es otro tipo de belleza. Poseo una amplia experiencia en el arte de la seducción. Niña bonita, nariz preciosa, boca carnosa, cuerpo perfecto. Me abruma tu silencio.

La sábana del hotel despidе un olor a humedad, eso no importa, con un movimiento experto quito el brasier. Descubro unos pechos besables y chupables, firmes y perfectos: idénticos a los de la revista. Pechos que merecen un pene erecto eternamente, no uno que se escapa y busca rápidamente su satisfacción. ¿Por qué apagas la luz? Unodostres, el pene se inserta, penetración. Unodostres, todo termina. Ahora, ¿qué nos vamos a decir?

Huyes al baño y te espero en la cama. Podemos repetirlo, con lentitud, sin tanta emoción. Acariciarnos y disfrutarnos. Coger con éxito. Entre las yemas de mis dedos siento tu pene firme creciendo con mis caricias. Eres joven, podrás hacerme el amor por segunda, por tercera, por cuarta vez.

Totalmente vestido te paras junto a la cama. Estiras la mano sin mirarme, te doy la mía, la avientas. Quiero mi

dinero. El mesero me dijo que si le hacía el favor, usted me pagaría. Avergonzada, te doy todos los billetes de mi cartera.

UNA PIEL CON PRECIO

¿Cómo le hace la autora, una ilustre desconocida, para invadir con sus opiniones los medios? La única explicación que se nos ocurre es que siga usando los recursos que le permitieron pagar la publicación de la colección de cuentos a la que pertenece *El precio de tu piel* que aquí reseñamos.

En varias entrevistas, ella ha comparado su libro, supuestamente erótico, con otros como *La historia del ojo*, *Afrodita* y *Trópico de Cáncer*. Ni para qué criticarla, baste con decir que la autora no logra -sospechamos que ni siquiera sabe que debería intentarlo- plantear un segundo nivel de interpretación como el que se desdobra en las novelas de estos grandes autores. No encontramos simbolismo como en la obra de Bataille, ni referencias a la cultura clásica como las de Louys -obviamente desconoce todo sobre este tema. Tampoco compara civilizaciones, ni crea un estilo como Miller. Como se dedica a hablar, ha insistido que en su cuento cuestiona un tema universal, la aceptación de la tercera edad, dándole un giro posmoderno al enfocarse, exclusivamente, a la vejez femenina. Cree que le agrega interés al elegir como personaje a una mujer mayor que puede pagarse prótesis juveniles. Entendemos que a sus veinticinco años se quede en la superficie de la problemática y elogiamos que abandone los placeres de la juventud para pensar, aunque sea por un minuto, en la soledad de las ancianas.

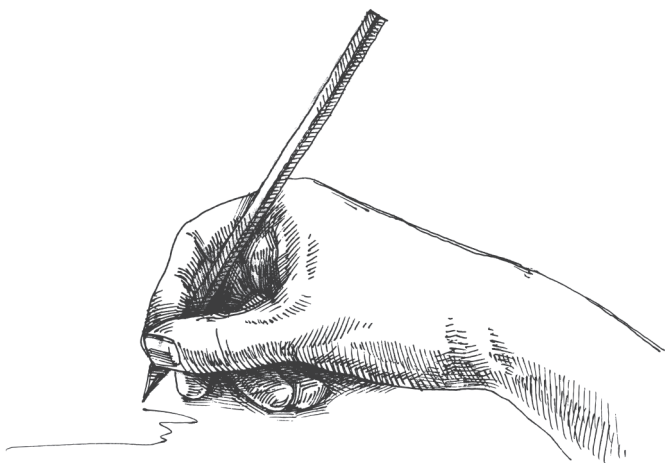
Lo que nos parece totalmente inaceptable, y hasta un poco ridículo, es que se compare con Anais Nin y con Inés Arredondo porque son mujeres y escriben cuentos. Como nuestra autora usa la palabra pene tres veces se siente tan valiente como Nin en “El aventurero húngaro”. Ella sí se atreve a explicitar todas esas relaciones sexuales sin perder jamás el hilo de una historia que es al mismo tiempo clásica y moderna. Sueña si piensa que domina el género del cuento como Arredondo, quien

vuelve poesía todo lo que escribe. También nos parece frívolo su argumento de que al escribir en primera persona, como Bataille y Miller, acerca al lector a la experiencia erótica.

Creemos que sí comparte con D.H. Lawrence la idea de que el materialismo ha invadido la vida moderna, lástima que ella no domine el lenguaje ni tenga la elegancia del escritor inglés en *Lady Chatterley's Lover*. Desde el título de su cuento se alude al dinero y al interés por lo material. Está convencida de que no sólo es posible comprar cultura, sino también personas, hombres.

Le sugerimos que siga escribiendo, pues quizás en el resto de su obra se desarrolle lo que aquí no encontramos. Opinamos, que como todavía es joven, tendrá tiempo para explorar el erotismo y la escritura.

Ciudad de México, noviembre 2011



LA ENORME IMPORTANCIA DE TENER UN BUEN PADRE

DE FERNANDO BERMÚDEZ BARREIRO

Me desperté a las 5 pm, no porque nada me doliera ni me sintiera mal. Por el contrario, el personal del hospital ABC ha sido extraordinario, y ya había dormido tres horas a un nivel de profundidad que me habían permitido descanso. No sabía que si tenía dolor extra o algo mal le ponen un “refuerzo” al medicamento para que duermas mejor, o para que de plano se fuera el dolor. Marthita Álvarez, mi enfermera diurna, me corrige. El término correcto es “un rescate”. Pues el último “rescate” opiótico fue excelente. Me desperté porque me desorienté, no reconocí el lugar, y me sentí mojado, pero no identificaba si de plano en mi sueño profundo me había hecho pipí o había sudado como un cosaco en vodka.

Después, la revisión de signos vitales para comprobar que aún estoy vivo. Me dio por platicar conmigo mismo, la hora era perfecta, el silencio era absoluto para recostarte cómodo para ver la ventana y dialogar con uno mismo. Y me puse a pensar lo mucho que me hace falta mi papá para platicar. La cultura patriarcal generalmente arruina esta posibilidad, porque se supone que tienes que amar, respetar y obedecer a tu padre, y en lugar de permitir esto que se denomina cercanía, lo único que hace es joderlo todo.

Pues yo no le tenía ese tipo de respeto obligatorio a mi papá, mucho menos una obediencia ciega y justo eso fue lo que me permitió amarlo. Nos comunicábamos más sobre la vida cuando estábamos solos que cuando mis hermanos contaminaban el ambiente. En ese sentido el sistema patriarcal funcionó perfecto, para mal, porque tendía con facilidad a ponernos en competencia, y esto no favoreció para nada la hermandad. Cosa que mi mamá, con todo lo disfuncional de su familia, sí logró. Ante un padre rígido y violento, la única manera de sobrevivir era unirse contra el enemigo: mi abuelo. Mi padre no era para nada un intelectual, Pero en filosofar de la vida y sabiduría del sentido común, no conocía rival, no había quién le ganara. Cuando le sugería una lectura,

me respondía que no le gustaba ni leer los instructivos, cuando le pregunté de la Segunda Guerra Mundial, me contestó lo mejor, “Sí, algo oí, pero no le puse mucha atención.” A lo que contesté que en mi vida había conocido una respuesta más descarada, que ya tenía veintidós años cuando empezó y veintiocho cuando terminó, y que no podía ser posible, por más contador que fuera, que no mostrara el menor interés en el tema. Queda comprobado que intelectual no era.

Pero nadie más hábil para las relaciones humanas, disfrutar y vivir la vida en todo su orden y desorden. Lo mejor: disfrutar a mi padre, pero jamás ser tocado por él y su parte destructiva. Es decir: cero vicios y una visión clara y no discriminatoria de la experiencia humana. Fue extraordinario lector de personas y empático con el otro, pero sobre todo paternal, responsable y comprometido. Su oficina estaba en la casa, hacíamos las tres comidas juntos y francamente si lo pienso, sus actividades giraban alrededor de nosotros, probablemente sustituyendo las pocas habilidades maternas de mi mamá.

¿Y todo esto a qué venía? A que ayer me dormí pensando que, si esto que estoy viviendo me daba a los sesenta y cinco años, hubiera logrado completar más cosas que francamente están quedando inconclusas, pero amaneciendo viendo cómo hubiera tenido que enfrentar la “humillación” de darme cuenta de mi vejez con más, si esto es posible, drama. Para pasar por esto se requiere algo de fuerza física. No se llega de la cama al baño con todo este *stand* de terapia intensiva de líquidos y cables conectados a mi cuerpo sin tener algo de fuerza.

Me tendrían que ayudar mucho más, y esa impotencia acabaría por matarme. Quedas como bebé de pañal. Pero tal vez nunca haya un momento adecuado o mejor para tener cáncer. Sin estar internado, sin enfermeras y cuidados, esto sería un peor *Via Crucis* de lo que está siendo, —acabo de descubrir que mi iPad es ateo, cada vez que pongo *crucis*, me pone *crisis*—. Y, de cómo todo esto que les platico, *no viene en libros*, sino que de vivir la vida como decía mi papá. Son cosas que se aprenden sobre la marcha. Tal vez el libro te ayude a entender mejor la vivencia, pero jamás la revive. Hasta estoy dudando cada vez más del que piensa que leyéndose de cabo a

rabo una biblioteca va a saber algo sobre la vida. Al final de cuentas, va a poder entender mejor a Marx, una “tabolera” inteligente que se casa con un millonario, que alguien de la clase media que se lea la obra completa de Carlos Marx. Porque sabiamente, como dice el chiste, la tabolera ya fue pobre y luego rica y admite que está mejor ser rico. Y, quien diga lo contrario es pura mojigatería católica o la admisión de una completa falta de creatividad para buscar la felicidad.

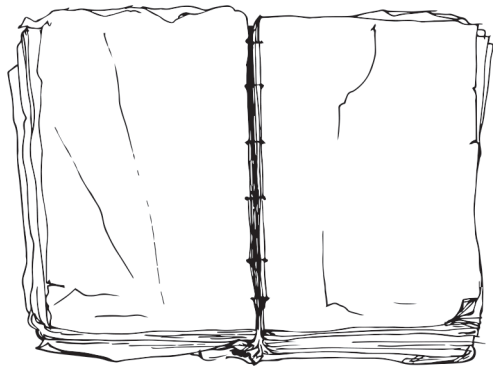
El dinero ayuda. Si no, el mundo no estaría como está de mal por la codicia y la avaricia, por el deseo de provocarse la fantasía de la felicidad, pero la realidad de la comodidad es irrefutable. Una de las naciones más importantes del mundo acaba de votar por un candidato confiado en que tener la capacidad de hacer dinero, lo hace mejor candidato a gobernar el país que otros. Mi mamá que, a diferencia de mi papá, le encanta leer, se compró todos los manuales de la esposa y madre perfecta y no más no lo logra. Mi hermana platicaba que mi abuela de viejita no podía llorar, de seguro porque perdió tres bebés, dijo, y mi mamá se voltea muy segura y le dice, “¿de quién hablas? ¿De mi mamá? Qué extraña, si se murieron de bebés y se hacen más.”

Quédame claro que por más libros que leyó, pues para ser maternal, no le funcionaron. Yo podría quedarme callado y no platicarles lo que se siente ante la posibilidad de no poder volver a caminar, de tener que usar pañales durante la quimios, de lo mal diseñado que está todo alrededor de esta experiencia —¡Ojo! Responsabilidad nuestra, diseñadores, desde la máquina para las radiaciones hasta el famoso pato para orinar, ni que decir del maldito pañal, del sistema de empatías desordenadas que noto en el ámbito médico, los doctores son muy humanos, se nota una preocupación por el paciente, pero es una empatía poco sistematizada, no hay una estrategia que la potencialice, porque obvio, no les da tiempo de analizar el aspecto emocional de cada paciente en grupo, de la frustración que implica que sean las 7:30 am y no pueda yo solo, llegar a tomar mi celular cargándose a solo tres metros de distancia.

Por eso les cuento todo esto. Me hubiera gustado tener más información práctica que teórica, que no sólo me sirve para

interpretar lo peor. Leía un instructivo: este medicamento le puede provocar náuseas, somnolencia, diarrea y en algunos casos, intentos de suicidio. La verdad, como mi papá, aprendería más si alguien me platicara su experiencia que, leyéndola, total ya hay YouTube. Por eso a la gente le interesan las Kardashians y cuanto *reality show* que existe. No me tiren de loco: quien vive la experiencia de que tu marido se cambie de género y tú vayas con sus amigas a platicar la experiencia por todo EEUU. No olviden el dato de que más de tres millones de personas han compartido el final de una telenovela, sobre un número mucho más reducido de personas que han disfrutado la lectura de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Y no sólo es por ignorantes, sino porque somos más una generación visual.

Pero nadie ha entendido y eso les compete a los futuros académicos entender: la gente, es más como mi papá que como mi mamá. No quieren leerse el libro de trescientas páginas como introducción, sino una a la experiencia que le permita entenderla y despertar su curiosidad para adentrarse más en ella. Eso sólo lo da la vida real, el atreverse a vivirla en la luz... y la oscuridad.



LA FELICIDAD DE LA UTOPIÍA

DE TONY CANTERO

De indiferencias tortuosas, de riquezas y lisonjas, la humanidad tiene historias, como las de alforjas que atesoran fiambres y hortalizas junto a fortunas absurdas. Las que la fortuna forja sin necesidad de ego ni lógica, pero hondas, y las que arropan la sombra en la epopeya prístina de volverse a ver cuando la luz vuelva, aunque se estime ya crítica.

La de la divina Camelia que brotó sin Casiopea y la de la comunión de las empresas con las huelgas, para acelerar la miseria. La de los Dioses hechos moldes y no más modelos de Persia y las de la Papesa, las de la vida cruenta ilesea tras las pruebas. Y nadie ha perdido una escena de la mundial de las nieblas ejecutadas por la naturaleza, la inmersa jefa, la dueña que nos gobierna.

Las de ciertos amores de marras resurgidos de la nada, como de las entrañas de la tierra el agua y las de harapos de seda colgando de las tendederas de las Reinas de las divinas abejas muertas, pero entre tantas las horas pasan y la existencia pernocta buscando felicidad en la utopía, cual la referencia absoluta de las historias que inspiran, vaya ésta de rodillas, bocabajo, o bocarriba.

—Y son éstas las que aportan al día a día y a echar raíces, aunque a medias, basta con que la idea persista aunque el ombligo ande a secas, si en la cavidad que piensa, arde la leña y desea...

—Buscar la felicidad en la utopía, o cierta parte de esta que converja en la *Odisea*, a sabiendas, sin contar con la justeza del esquema de las muestras, pues hay historias de heridas serias.

—¡Que aunque banales se cuentan, como ésta!

CAL

DE ANDREA FISCHER

I

Ver cómo se caen las luces del árbol de Navidad seco. Ver los restos de regalos abiertos, abandonados en el suelo de mármol que nadie nunca piso. La casa de bóvedas blancas respira el mismo aire de todos los tiempos, en ese halo oscuro de las paredes que están completamente desnudas, completamente despojadas, completamente solas.

Alguien llama.

II

En el silencio de la gran sala, un árbol se reduce a cenizas lentamente. No importan más los adornos con los que se le vistieron ataño: ya todos están rotos. Y aun así, desde ese corredor implacable de marcos fantasma y fotos huidizas, a lo largo de esos arcos abocinados y frisos desteñidos por el sol de invierno, se escucha todavía:

Alguien llama.

III

Se escucha, como el litigio de los hombres sordos, en lo más profundo de la casa del árbol marchito. Un murmullo, acaso, que recorre las paredes como único estandarte de lo que fue. El polvo se paraliza siempre en el mismo lugar, y la escarcha se sigue prolongando por las ventanas cerradas. Y es ahí, en el fondo de ese cementerio sin lápidas que una mujer insiste:

Sigue llamando.

IV

Dejó de esconderse cuando supo que nadie iba a encontrarla. Los años se escurren sobre las cortinas deshilachadas, y pareciera que las fiestas pasadas siguen resonando sobre los muebles blancos, manchados ya hace tanto tiempo. La parálisis colectiva de la casa permanece igual, inalterable: en esa inmutabilidad de las cosas

que ya no existen.

Y sólo está ella, su respiración, y su llamado acristalado.

V

Cuántos ángeles de porcelana caídos, cuántos vitrales rotos, cuántas miradas impenetrables que dejaron de interesarse hace tanto. Y luego está ella, tirada en el suelo de mármol blanco, con las manos quebradizas y la mirada clavada en el suelo. La sensibilidad se le esfuma poco a poco, en esa latencia inconstante de la luz acristalada de un sol que no calienta.

Un grito.

VI

Sólo le devuelve la mirada su reflejo, en un pedazo de vidrio roto que se desintegra, lentamente, con todo lo demás. El silencio de cal se hace insoportable: los recuerdos se materializan, las voces regresan, y sus manos siguen, inútiles, el trazo de las sombras. Sonríe, y entonces, se precipita sobre la última mirada que le quedaba.

Alguien deja de llamar.

¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org

YAYETA

DE MARICARMEN TUDELA FUSTÉ

Yo tengo una abuela. Sí, señores, así como lo oyen, a mis cuarenta y cuatro años, sigo teniendo una.

La mía es una abuela, digamos... peculiar.

Recuerdo que de bien pequeña, mi coletilla cada vez que iba a verla era: “Ay, zagala, con lo bonicas que son tus hermanas y lo feica que has salido tú.” Con el tiempo cambió la coletilla, por la de: “¿Ahora te vas a casar? ¿Ahora que tu padre ya no está para verte casada?” Pasó a... “Con las ganas que tenía tu padre de tener un hijo, si pudiera ver a su nieto...” Y ahora estamos en lo de... “Es que no has sabido conservar a tu hombre...”

Y vosotros diréis, un poco cabronceta la abuela, ¿no? Sí, la verdad, lo es un rato largo... Pero también es cierto que ha sido una de las personas con las que más me reído. Y a cabronceta yo, que más de una vez he pensado y dicho, que algún rollo raro tuvo que tener la abuela, para haber sacado diez hijos con los ojos tan achinados...

—Ahora entiendo de dónde me sale esta vena cabezota.

En mi familia, ser Tudela ha sido siempre una mezcla de orgullo y cruz... Porque somos para darnos de comer a parte. Pero, pensando fríamente y sin desprestigiar para nada a mi abuelo, la verdad es los Torrente no tienen nada que envidiar a los Tudela. Es más, saben decir todo eso con una sonrisa pícara, un gesto dulce y tienen unos cojones que ya quisiera yo para mí...

Por lo que, con el permiso de todos, me quedo con mi parte de sangre Torrente. Me quito el sombrero, quiero ser tan resistente, tan dulce, tan pícara, tan cabronceta, y tan señora como mi abuela. Así que, hágame usted el favor, de ponerse el refajo, sus pendientes, su anillito de plata —que hizo mi abuelo con una moneda— su caminador emblemático, y váyase ya pa’ casa que la estamos esperando.

Y, no nos pegue más sustos. ¡Leñe! Que sin usted los Tudela nos quedamos en nada. ¡Arreando! ¡La madre que parió a la Yayeta, que parece que no está, pero las mata callando! En

honor a mi abuela, que tiene ya 98 años y sigue ahí dando guerra.

(Yo creo que vive tanto porque no se calla nada la mujer.)

Un beso grande, abuela.

Con cariño,

Maricarmen Tudela, desde España.



CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
Andrea@porescrito.org

Diseño Editorial

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Andrea Fischer

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Seis. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.